



REVISTA DE HIGIENE Y EDUCACION.

PROGRAMA:

Proteccion á la infancia.—Higiene y educacion de la mujer.
Crianza física, moral y sentimental de los niños.
Fundacion de hospitales especiales y hospicios marinos.
Mejora y perfeccionamiento de los Asilos benéficos.
Socorros á las madres pobres.—Amparo al niño desvalido.

DIRECTOR: DOCTOR TOLOSA LATOUR,

Médico del Hospital del Niño Jesús, Miembro fundador de la Sociedad Española de Higiene.

SUMARIO.

Revista general.....	El doctor Fausto.
Errores populares.	
Mal de ojo.....	Dr. Rodriguez Pinilla.
La Madre.	
Educacion de la mujer.....	Martina Castells.
El mayor dolor.....	Márcos Zapata.
Preceptos de la Ciencia.	
Bailes y disfraces.—Un peligro.	
El decálogo del Padre.....	M. de Tolosa Latour.
Junto á la cuna.	
El expósito.....	Dr. Mariano Benavente
Noche de Pascua.—Pesadilla infantil.	
Sonetos.....	Cárlos Coello.
Los Hospicios marinos.....	Dr. Torres Martinez.
Cuadros reales.	
Madres y Niños.....	Felipe Ovilo.
Beneficencia.	
Amparo al niño desvalido.....	L. Vega Rey.
El Granuja.....	J. de Castro y Serrano.
Pensamientos y frases.....	Dr. Castro y Perez.
La mejor lectura.....	Michelet.
Dichos y hechos.	

REVISTA GENERAL.

Lo confesamos con verdadera sinceridad. Esperábamos una benévola acogida, pero nunca pudimos soñar con un éxito tan unánime, tan completo, tan entusiasta.

LA MADRE Y EL NIÑO tienen mucho que agradecer á la prensa periódica que ha visto en su aparicion una *Revista* modesta y útil. Seria ésta ingrata sino enviara á todos el más respetuoso

testimonio de afecto. De sentir es que la falta de espacio nos impida transcribir sus cariñosas frases. La mayor parte de los artículos del número anterior han sido reproducidos por los periódicos de Madrid y provincias, y esto es una de nuestras más legítimas satisfacciones.

Pero hay otro motivo de agradecimiento muy fundado. Numerosos comprofesores de provincias y no pocos amigos particulares se han adherido á nuestro pensamiento y sus cartas, que conservamos con especial aprecio, contienen frases que ahora no debemos transcribir, pero que nunca podemos olvidar.

«Haya Madres—no Mujeres—verdaderamente tales, y la libertad, la honra y el porvenir de los pueblos están salvados» nos dice un distinguido hombre de Estado.

«No desmaye en su empresa, manifiesta un modesto y dignísimo médico de partido, los hombres honrados estarán á su lado, pues la vida del niño, es decir, la vida social son hijas de la instruccion de la *Madre*, y de ambas depende la tranquilidad de la familia.»

«Acabo de recorrer, nos escribe el ilustrado higienista Dr. Pietra Santa, vuestra REVISTA y me apresuro á felicitaros por vuestro programa y vuestras aspiraciones.

La utilidad y oportunidad de publicaciones análogas no es preciso demostrarlas ya, y podíase aplicarles aquellas hermosas palabras del general Bonaparte al firmar el tratado de Campoformo: «*La República francesa es como el sol, ciegos son los que no la ven.*»

«El sol de nosotros los higienistas es la infancia, base primera de toda nuestra organizacion social; desgraciadamente cuántos ciegos no hallaremos en este camino árido y difícil!

Os deseo como á nosotros, *lectores, siempre lectores*, siendo leídos, habremos cumplido la mitad de nuestra tarea.»

Todos auguran vida á nuestra REVISTA, pero, sin embargo, no deja de impresionarnos tristemente la desaparicion de un periódico titulado *La Niñez*, fundado y dirigido por nuestro querido amigo el conocido literato D. Manuel Ossorio y Bernard, el cual se lamenta del abandono en que le dejan los padres de familia. Bien es verdad que su objeto era distinto al nuestro, pero, no obstante, son muy sensibles tales precedentes.

«¡Ojalá consiga convencer á las madres de que es más útil su REVISTA que los periódicos de moda!» exclama un escritor apreciadísimo y poeta popular en una carta.

Ojalá, repetimos, y en tanto no nos abandonen en la penosa tarea emprendida los que hasta aquí nos apoyan cariñosamente.

Dos hombres honrados han muerto. Ambos eran dignos del aprecio de las gentes. Sobre sus tumbas se han derramado sinceras lágrimas. Uno de ellos era el Dr. Corral y Oña, Marqués de San Gregorio, de los más distinguidos especialistas que ha tenido España, el profesor que recibió á su llegada al mundo el Rey de España Alfonso XII, médico contemporáneo que ha merecido honores en consonancia con sus merecimientos; el otro, D. Santiago Vicente de Masarnau, eminente músico y émulo de San Vicente de Paul, fundador de las conferencias que bajo este nombre han dado tan buenos resultados en España para los pobres, y uno de los hombres más caritativos y profundamente cristianos que hemos conocido.

La *Sociedad Ginecológica* celebró una sesión solemne en honor de San Gregorio, en la cual el Dr. Alonso Rubio leyó un estudio biográfico-crítico, donde se revelan las especiales dotes de nuestro ilustre colaborador, y los discípulos del finado Rodríguez Rubí, Pulido y Alarcón, trozos de las obras que dejara el insigne y antiguo profesor.

Los pobres, los desvalidos, las *Revistas* que tienen sus columnas abiertas á toda generosa moción, dedicaron sentidos recuerdos á la memoria del bienhechor de los pobres.

¡Dios haya premiado los méritos y virtudes de nuestros queridos y respetables amigos!

Que hay actualmente una provechosa reacción en favor de los niños, lo revelan los hechos benéficos que diariamente consigna la prensa, la indignación con que se acogen todas las explotaciones y todas las infamias de que son víctimas inocentes los tiernos infantes.

Lo importante, lo urgente es que en tan nobles propósitos no flaqueen ni los propagandistas, ni los escritores, ni las personas de buen corazón.

Tras un episodio tan odioso como el de la calle de Toledo, en el cual fué víctima una infortunada niña del arrebato de un imbécil mal intencionado, viene una conferencia tan sensata como la del señor Sanz y Benito en el *Fomento de las Artes*. Tras un abandono como el de la niña en Cham-

berí, brota una acción tan noble como la de Felipa Buenafuente.

En el momento de escribir estas líneas la pobre criatura no existe y el importe de la suscripción que inició nuestro apreciable colega *La Epoca*, se ha distribuido entre las familias indigentes del populoso barrio.

Aprohijan un niño del Hospicio y un benemérito diputado, el Sr. Sainz, entre otros importantísimos asuntos, interpela á la comisión acerca del abuso de llevar los niños de dicho Asilo á los teatros.

Ya lo digimos en otro lugar hace algunos meses:

«Se ha dado en la moda de sacar á las tablas coros de niños. Si estos tuvieran padre á quien pudiera hacerse responsable de esa exhibición, menos mal; pero perteneciendo como pertenecen, según noticias, á ciertos asilos del Estado fundados para la crianza y educación de pobres huérfanos desamparados, la cosa varía de aspecto. ¿En qué se funda esa condescendencia de los directores? ¿Con qué derecho se autoriza á estos para que permitan semejantes cosas?

¿Qué autoridad tiene la sociedad para decir á un extranjero que un niño de cinco años no debe subir á un trapecio para divertir á un público que paga protestando que puede matarse, cuando esa misma sociedad envía los niños que prohija á que solacen á las mismas gentes del Circo, exponiéndoles también á que enfermen y mueran, y en último caso perjudicando notablemente su educación?»

Estas frases y otras más que omito parecieran exageradas. El escritor á quien me dirigía entonces (1) me dijo poco tiempo después refiriéndose á un ensayo general que presencié:

—Me acordé mucho de V. al ver á las doce y media tirados en las butacas vacías los pobrecillos, muertos de sueño, esperando la hora de empezar á cantar el popular coro—*Somos la guardia del Sultan*... Tiene mucha razón en lo que dice.»

¿Pensará lo mismo el respetable *Sultan* llamado público?

Parece que sí.

¿Cumplirá la Diputación como Madre amorosa?

Creen que no.

Por de pronto una Señora cuyo trato todos debían frecuentar, que será siempre joven y tendrá siempre más ingratos que adoradores, ha ofrecido un premio á los que estudien mejor la *Mortalidad en la primera infancia, sus causas y medios de atenuarlas*.

En sus reuniones se habla de cosas útiles, tiene entre sus consejeros personas respetables, es amante de la juventud y en todas partes se pronuncia su nombre con respecto.

Cuenta con una revista preciosa de que disponer dirigida por el simpático Dr. Aviles, amén de estas humildes columnas en donde siempre se hablará de ella con amor, y á semejanza de lo que hace esa otra dama que se encubre con el pseudó-

(1) *Niños y perros*.—El Globo de 7 de Junio de 1882.

nimo de Baron Stock, tendrá en breve un *Boletín* para relacionarse con el mundo extranjero, bastando acudir á su domicilio con vivo deseo de ser útil á la humanidad para ser amigo íntimo suyo ó por otro nombre *Miembro de la Sociedad Española de Higiene*.

Allá nos veremos amigo lector ¿no es cierto?

Otra corporacion muy útil en el terreno médico: la *Sociedad Ginecológica*, discutirá este año un tema interesante: *las conjuntivitis purulentas en los recién nacidos* punto que toca también á la mujer, de suerte que por lo que se vé nos preocuparemos de la salud de los niños tanto como mi buen amigo Vega Rey se interesó por un desgraciado que halló en el quicio de una puerta noches atrás y que quiso conducir al *Refugio de la Sociedad Protectora de Niños*. ¿Creerán nuestros lectores que el infeliz á pesar de hacer algunos meses que no dormía en cama, prefirió ser llevado á la prevencion que ya conocía, á ir á un asilo como el citado que seguramente habria de ser más confortable que aquella?

Tal cuadro inspiró á nuestro digno compañero el artículo que en otro lugar insertamos, llamando además la atencion acerca de ese temor salvaje que tienen los desvalidos, parecido al de los animales vagabundos, temor que solo puede quitarse con afabilidad y caritativo apoyo.

¿Qué ha de extrañar esto si hay todavía ladrones de niños?...

Los desgraciados no tienen otro tesoro que sus harapos y solo pueden ahorrar ese capital de dolor que se gasta diariamente en sufrimientos.

La palabra *sufrimientos* nos ha recordado uno que es horrible. Madrid entero; primero, el más elegante que disfruta y gasta, despues el restante que lee y siente, ha experimentado un estremecimiento al ver en la realidad lo que se cree patrimonio de la novela.

Un padre cariñoso, á la par artista muy estimable, se ha visto precisado á cantar un papel de caricato en el teatro Real, mientras espiraba su hijo único, una preciosa criatura de cuatro años.

Mientras el llanto deshacía la cruel máscara de color, aplausos atronadores producian una emocion de gratitud en el ánimo del cantante, pero no bastaban para reprimir los latidos del corazon que llenaba de sollozos su pecho, los cuales una consigna artística convertia en notas y carcajadas. ¡Pobre Nannetti, pero tambien pobre madre!

¡El niño del actor! Que personajillo más interesante. Los que yo conozco—y no son pocos—tienen aspecto inteligente, se enorgullecen de sus padres y su mayor encanto es el de pisar las tablas y declamar versos. El hijo de un actor tiene mucho andado en el camino del arte. Generalmente les contrarian la vocacion y esto les precipita á la difícil senda. Casi siempre logran envidiables triunfos, díjanlo varios distinguidos artistas criados, por así decirlo, en la escena. Al-

gunos han querido contribuir á los triunfos de sus padres; díganlo sino los siete hijos de un pobre actor que recorría los pueblos y que encomendó á sus vástagos (que en ocasiones completaban los cuadros escénicos) que aplaudieran la noche de su beneficio un final de efecto para mover los *morenos*, y los chicuelos, rojos de emocion y entusiasmados de veras, exclamaron, casi en coro, despues del rasgo trágico:

—¡Bravo, papá, bravísimo!

¡Los hijos del artista! Ellos son los que animan al trabajo. Quien se inspira en ellos lo hace todo bien.

Ejemplo al canto: El autor de la viñeta de la MADRE Y EL NIÑO, es el estimabilísimo artista nuestro predilecto amigo D. José Ruidavets. Son muchas las personas que nos han preguntado con simpático interés por el nombre del autor; todos han elogiado lo sencillo de la delicadeza de la composicion y la poesia que encierra el *nido*.

Pues bien; ese nido está *sentidísimo*, porque simboliza en cierto modo su familia. Tiene cinco hijos y una esposa modelo ¿qué extraño, pues, que dibujara tan bien un rinconcito de la viñeta si se inspiró en un rinconcito de su propio hogar?

EL DOCTOR FAUSTO.

ERRORES POPULARES.

MAL DE OJO. (?)

(CARTA AL DR. BENAVENTE.)

Cuando he leído el bien escrito artículo que con el título «Teta y gloria,» publicó Vd. en el primer número del periódico LA MADRE Y EL NIÑO, se me ha ocurrido poner á contribucion sus vastos conocimientos y larga práctica á fin de dilucidar una cuestion que viene excitando ha tiempo mi curiosidad. Es ello el averiguar qué número y qué clase de enfermedades de los niños son, las que cierta parte del vulgo admite como producidas por *mal de ojo*.

La frase *mal de ojo* encierra tal cúmulo de ideas, tradiciones, conceptos y creencias; revela en las clases populares prejuicios de tal índole, que no habia de ser difícil—y Vd. puede hacerlo—escribir todo un curioso libro, que formaria á la vez uno de los más bellos capítulos en la inmensa obra del *Folk-Lore*-español.

¿Pueden sino decirme los que presuman saberlas, qué causas obran al efecto de producir entre las gentes tan desgraciado pensamiento? ¿De cuándo data el error—ó no error en cierto modo, pues no quiero prejuzgar la cuestion, y aún he de explicarme sobre el asunto—ó la admision del concepto que va envuelto en la frase *hacer mal de ojo*?

Pues ya con el exámen y contestacion de estas

preguntas, hay para decir mucho. ¿Quién duda, por ejemplo, que el admitir como cierto ese perjuicio se debe entre otras causas á la dificultad de establecer un seguro diagnóstico de las enfermedades de los niños? Y ¿cómo en ello no han de influir también las mismas dificultades del tratamiento adecuado?

En esa clasificacion espantosamente sencilla que hacen muchas madres de las enfermedades de sus hijos y que Vd. citaba en su artículo, sin duda alguna es necesario que vayamos abriendo brecha, con la antorcha de la instruccion en la mano; sin duda alguna que necesitamos no cesar nunca en esa provechosa demopedia.

A medida que nosotros vayamos sabiendo más, es necesario que vayamos enseñando más. Porque á medida que vayamos dando ciencia constituida, iremos mermando oscuridad y fanatismo y supersticiones á nadie útiles.

Digamos á una madre, por ejemplo, que si su hijo siente prurito en la nariz, y tiene dilatadas las pupilas, y va palideciendo, etc., aquellos fenómenos son debidos á la presencia de ciertos gusanitos en los intestinos del niño, y no á otra cosa, y entonces veremos cómo explicando estos fenómenos *naturalmente*, no se recurre á otro género de causas, á brujas ni á diablos.

Vedlo si no: cuando un niño tiene sarampion ó catarro ú otra cosa semejante, nadie habla de *mal de ojo*, ¿por qué? Porque son hechos y fenómenos tan conocidos en sus causas, desarrollo y modo de ser, que han pasado á la esfera de lo que yo llamo ciencia hecha.

Trabajemos por conseguir lo mismo con todas las afecciones de la niñez. Creo yo que falta bastante para ello.

Y para expresar mas concretamente mi idea, empezaré yo mismo el trabajo analítico á que me referia antes,—en el cual pido la cooperacion de usted,—es decir, á fijar el concepto natural de las múltiples enfermedades de los niños que van comprendidas en la clave *nosológica*: *mal de ojo*.

A mi entender se caracterizan las enfermedades que se atribuyen á esa causa, por su comienzo insidioso, por su curso crónico, por el cambio profundo en la moral del niño; y, en una palabra, por la atonia de todas las funciones.

Esto es lo que llaman las gentes de Castilla niño *desmirriado*; á esto es lo que llaman en Madrid criatura *encanijada*, corrupcion sin duda de la palabra canijo, que quiere decir, débil, macilento ó enfermizo.

Caben pues, dentro de estas formas, muchas enfermedades; desde la anemia y debilidad precursora de largos trastornos funcionales y orgánicos,

hasta las crisis de evolucion natural del organismo del niño, y las variadas formas de raquitis y faltas de desarrollo.

Ahi radica pues, el fondo de la cuestion que someto al criterio de V.

Y para terminar, daré una explicacion á los lectores de esta carta, sobre cierta frase que va deslizada en ella.

La expresion, la frase *mal de ojo*, ¿envuelve un error? Yo he empezado por creerlo así, y despues lo califico de perjuicio popular, palabra que si bien no parece aquí aplicable, lo es, en cuanto que al significar *accion sin juicio* da á entender estados del espíritu no reflexivos, sino inconscientes.

Pero esos estados inconscientes ¿no tienen ningun fundamento racional? La frase *mal de ojo* que viene arraigándose en el fondo de las creencias populares, ¿no ha de tener punto de arranque en algun fenómeno positivo?

Tal es lo que yo me niego á creer.

Y aunque algunas ideas tengo sobre el asunto, me abstengo por hoy de comunicarlas aguardando se haga más luz sobre él. Es digno de discusion puesto que estamos todos interesados en la obra civilizadora de la instruccion popular.

DR. RODRIGUEZ PINILLA.

LA MADRE.

EDUCACION DE LA MUJER.

¿Qué es la mujer? Preciso será para contestar cumplidamente á esta pregunta, que nos remontemos, aunque solo sea por breves momentos, á los mismos orígenes del ser que nos ocupa; sin llegar hasta ese oscuro periodo embrionario acerca del cual la misma ciencia no puede darnos más que hipótesis más ó menos fundadas; sino que buscando un terreno más firme y garantido, nos detengamos en ese instante supremo en que la mujer, engendrada en el seno de otra mujer, de la cual ha recibido toda su existencia material, se desprende de ella y pasa á ser niña.

Desde los primeros tiempos del periodo germinal, al ser fecundada la mujer empieza á compartir su existencia con el ser que va formándose en su interior; de ella recibe este los primeros átomos para adquirir forma; de ella los principios que han de trasformarle en embrion, el cual, al tener ya los órganos completamente abocetados, recibe también de la madre los elementos necesarios para su nutricion y crecimiento. Este periodo dura, hasta el instante del nacimiento, cuando al parecer, la existencia de la madre queda desligada de la del hijo.

Mas desde este momento, ¿podremos considerar en realidad independientes del todo la existencia de

estos dos seres? En manera alguna. Los mismos dolores, las angustias y los indecibles afanes que agobian á la mujer durante el embarazo y en el momento del parto, han hecho germinar en su corazón noble y desinteresado, un afecto que le une al nuevo ser con lazos de un amor casi instintivo.

¿Qué es pues la mujer? Un ser preciso, indispensable en la sociedad, á quien debe la vida la Humanidad entera, que á todos proporciona mayor ó menor felicidad.

En la Edad antigua se nos presenta en primer término el Asia esclavizando á la mujer, despreciándola, sin concederle ningun derecho cuando la mujer dejaba de ser esclava del padre, pasaba á serlo del esposo, con el cual solia unirse cuando aquella contaba solo ocho años.

Para formarnos idea de lo que allí ocurría, recordemos tan solo que la mujer, se vendía á pública subasta y era cedida al mejor postor; no le quedaba siquiera el derecho de considerarse pura; pues para quitarle tal vanagloria la obligaban, cuando menos una vez en la vida á sacrificarse en templos, como el de Milita, consagrados á un culto infame; llegando esta idea á arraigar tan hondamente en las costumbres, que se consideraba denigrada la pobre mujer que no merecía ser escogida para tal objeto.

Sin embargo, la mayor parte de los pueblos de la antigüedad, concedieron á la mujer algunos derechos y alguna instruccion, relativa á las tareas que desempeñaba en aquellos tiempos. La mujer podia llamarse libre y de tales concesiones no tuvieron que arrepentirse, por cierto; los pueblos Ateniense y Espartano ofrecen de ello testimonio elocuentísimo; trataron á la mujer, con esclavitud el primero; concediéndole atenciones y libertad el segundo. Atenas fué por decirlo así, la tierra clásica de las mujeres públicas; Esparta, la tierra de la virtud severa, noble y acrisolada. Y sin embargo, en esta misma Esparta, en donde, como queda dicho, no se negaban ciertas atenciones á la mujer, en Esparta, señores, se probaba barbaamente la robustez del recién nacido; se desechaban siete niñas de cada diez recién nacidos ya por su debilidad, ya porque se consideraban sus padres sin recursos para alimentarlos.

Mas no nos detengamos en esos tiempos. Preciso será que avancemos más por el libro de la Historia si queremos ver á la mujer ocupando el lugar que le corresponde. Afortunadamente en la edad moderna la consideracion á la mujer fué siendo mucho mayor; su educacion fué progresando. Aún no habia adelantado mucho á principios del siglo pasado, en cuya época Mad. de Maintenon, esposa y consejera de Luis XIV de Francia, se ocupó con ahinco de la educacion y enseñanza de la mujer; mas esta quedó limitada y confiada á los conventos: Procuraba instruir á los profesores que admitia, para que estas trasmitiesen su educacion á las jóvenes confiadas á su cuidado.

Durante el tiempo trascurrido, ha sido suficiente el número de mujeres célebres en distintos ramos, para que nos inclinemos á pensar que es conveniente el progreso de la educacion de la mujer: hemos tenido ocasion de juzgar los inconvenientes de su ignorancia y las ventajas de su instruccion, para esperar que en los tiempos venideros, el hombre dictador de la ley, será el primero en fomentar la

educacion de la mujer sujetándola sí á justos, pero no mezquinos limites.

Aceptado como un hecho irrecusable, la influencia decisiva que la mujer ejerce en los destinos del ser humano, desechada la idea de su esclavitud y reconocida la necesidad de su esmerada educacion física, moral é intelectual, por inducirnos á ello de una parte el progresivo avance de la civilizacion, y de otra los resultados de la propia experiencia, y convencidos, en fin, de que el hijo recibe de su madre la mayor parte de lo que posee, ¿dudaremos aún de la imprescindible necesidad de hacer á la mujer fuerte y robusta, para que fuerte y robusto sea el fruto de sus entrañas; de inculcar á la mujer los principios de una moral para que pueda trasmitirla al hijo á quien dió la vida; de dar, en fin, á la mujer una educacion esmerada, una instruccion conveniente, con el objeto de que el hijo la reciba de su propia madre y no se vea precisado desde su más tierna edad, precisamente en la época en que más necesarios le son las atenciones y cuidados maternales, á abandonar tan cariñoso regazo, para adquirir en otra parte la educacion que ésta no puede proporcionarle?

No pido para la mujer libertad exajerada; no soy de opinion que á la mujer se la considere igual que al hombre; que tenga voto, que hable en las Cortes; que pretenda ser ministro. ¡Lejos de mí mente tan absurdas pretensiones! Mi único deseo, mi sola ambicion es colocarla en circunstancias favorables, para que pueda cumplir su noble, honrosa y santa mision en la sociedad: que se vea respetada; que sea apreciada de todos porque á todos cause bien, y que realmente sea la base del bienestar de la sociedad.

Más adelante, cuando esté en disposicion de atender á su hijo, la higiene le enseñará que la limpieza facilita la traspiracion cutánea y aumenta la robustez; que al envolver á su hijo no debe hacerlo comprimiendo sus miembros, pues priva al tierno infante de su crecimiento y le pone en circunstancias de adquirir conformaciones viciosas; que la misma lactancia ha de subordinarse á ciertas reglas para no producir desórdenes digestivos en el tierno niño, y para alejar de la madre el riesgo de quebrantar su propia salud, viéndose obligada á recurrir á la lactancia mercenaria; que sabido es de todos vosotros la funesta influencia que tiene sobre la vida del niño. En Paris, donde la lactancia mercenaria es la que más priva, demuestra una respetable estadística que de los 54.000 niños que próximamente nacen todos los años, *más de la mitad* mueren antes de llegar á los 4 años (1). En Moscow (Rusia), donde no solo la mujer sino que tambien el hombre viven en un atraso lamentable, allí teneis segun el Dr. Valcourt, que la mortalidad de los niños pasa de un 80 por 100, siendo así que segun Husson no llega al 12 por 100 en Escocia.

La favorable reaccion que en la actualidad se opera en las principales ciudades de Europa en favor de la instruccion de la mujer hará seguramente que esa horrible mortalidad que arrebató á la patria tantos hijos, disminuya. Nosotros creemos firmemente que

(1) Correo de Ultramar, núm. 1146.

la mortalidad de los niños está en razon inversa del grado de ilustracion de la madre.

Y es que la madre que se encuentra en estas circunstancias, la madre que tenga conocimientos de higiene, en todo lo que se refiere al aseo del niño, á su denticion, al uso de los andadores, al de las prendas de vestir, al ejercicio, á los juegos y á la alimentacion, se regirá por los principios más sanos y adecuados para dirigir el periodo de formacion del niño.

Y ya que he hablado del ejercicio, no quiero perder la ocasion de decir que creo de imprescindible necesidad aprenda la mujer elementales nociones de *Gimnasia*, de esa utilísima rama de la higiene, que tan descuidada se halla, por desgracia, en nuestro país, contrastando esto con lo que sucede hoy con las demás naciones, donde va siendo obligatoria su enseñanza, no solo en los colegios de niños, si que tambien en los de niñas (1); porque á la par que le es útil á ella misma, le servirá para contribuir al desarrollo y mejoramiento de las condiciones físicas de sus hijos.

Después de la necesidad de que la mujer sea fuerte y robusta, brota la no ménos imperiosa de que esté poseída de una sana moral y de no escasa ilustracion, para lo cual apuntamos como indispensables en ella los conocimientos siguientes:

Escritura, Gramática, Aritmética, Geografía, Nociones de Historia Natural y de Anatomía y Fisiología, Higiene, Física y Química, esponiendo el por qué á cada una de estas materias; y acabamos, por fin, diciendo, que la madre debe transmitir sus conocimientos á los hijos, sea cual fuere su sexo, durante sus primeros años; que al demostrar éstos inclinacion especial para la ciencia ó para el arte, debe fomentarse en lo posible dicha inclinacion, tanto en la niña como en el niño, ya que ello ha de reportar grandes beneficios á la mujer casada y muchos más á la mujer soltera, cual queda tambien á grandes rasgos demostrado.

Foméntese, pues, la educacion de la mujer. Recuerdese que si se dice en medicina *Omnis cellula a cellula*, la mujer depende y dependerá siempre de otra mujer; por lo tanto, edúquese la primera, principie su instruccion desde ese momento y aumentando cada dia, llegará á perfeccionarse, hasta que al fin conseguiremos que una hija, al heredar los intereses materiales de sus padres, haya heredado antes de su madre, su educacion física y moral y su primera instruccion.

MARTINA CASTELLS.

EL MAYOR DOLOR.

—¿Qué motiva tu pesar?

—Mi madre ha muerto!...

—Dios santo!

No economices tu llanto,

No te canses de llorar...

(1) En la escuela normal de Institutrices de París está establecida la enseñanza de la gimnasia á cargo del profesor Laine; allí reciben las futuras maestras una completa instruccion gimnástica, la que más tarde ha de transmitir á sus alumnas. En 1881, de los 600 profesores de gimnasia con que contaba Francia, 220 eran mujeres.

Que no hallarás cosa alguna
Entre la fosa y la cuna
Que mitigue tu dolor,
¡Que una madre solo hay una,
Y un amor solo, su amor!

MÁRCOS ZAPATA.

BAILES Y DISFRACES

—¿Disfrazo los niños, Doctor? Qué trajes le parecen á Vd. más apropiado? ¿Les perjudicará ir á un baile? Bien abrigados podrian pasear en coche descubierto. Le digo á Vd. esto porque tengo compromiso de llevarlos á casa de la condesa F... que dá una fiesta.

—Si hubiera Vd. empezado por ahí, ménos mal. ¿Tiene comprometida su palabra...? ¿Qué le vamos hacer! Llévelos, pero aquí, entre los dos, sin que nadie nos oiga. ¿No hay un poquito de vanidad en ese deseo? Permitame que proteste una y mil veces de lo que Vd. quiere decirme en este instante. Es Vd. una excelente madre, una *madraza* si me permite la palabra, quiere con pasion á sus hijos, aún recuerdo lo angustiados que nos puso usted á su esposo y á mí cuando enfermó Elisita, no he olvidado las noches de insomnio y dolor que ha pasado á la cabecera de Rafael, en sus numerosas indisposiciones, pero eso no quita para que hoy piense Vd. seriamente en verlos brillar en el salon de la condesa, atrayendo las miradas de todas las madres, envidiados por todos los niños y gozosos y divertidos como unos angelitos con alas doradas que se sintieran desvanecidos ante sus propios resplandores.

¿Pero ha pensado Vd. si no será lo contrario?

¡Un baile de niños! Ahí es nada. Asistir á una escena de este género equivale á presenciar una fiesta de personas serias á través del extremo mayor de unos gemelos de teatro, fiesta en la cual, las etiquetas convencionales se han dejado en el guarda-ropa.

Fíjese bien. Hay una manola y un torerito, un sargento á la Federica y una dama á la *antigua*, disfraz tan comun. La primera pareja la forman dos niños aristócratas, la segunda dos hijos del pueblo. Al poco rato la manola ha olvidado el contoneo que la enseñaban con una tenacidad digna de mejor causa y llora desconsoladamente por groserías de un Nelusko. La señora antigua, mueve demasiado su cola con grave peligro de su peinado y grave daño de su papel. El torero mira con envidia los bigotes del mosquetero, y el sargento cambiaria su coleta por la moña torera. Esto quiere decir que lo primero que hacen ustedes las mamás es volver del revés, si se permite la frase, el sentido moral del niño, y muchas veces desnudarles más de lo que la higiene aconseja.

¿No hay otro remedio?

Bueno. Sean con preferencia los disfraces de pintorescos trajes nacionales ó históricos que enseñan á los niños algo, no sean muy caros, les abriguen bien y no les ensorberbezcan, ¿á qué los figurines de fantasía que tienden á convertir al niño en

un pequeño actor al cual sea preciso enseñar un papel?

Bailes. añadió. ¿También bailes? Pues sean de día, sin atracones, sin agitación, con vigilancia, y sobre todo si no tiene gran compromiso con esa señora condesa, compre á los pequeños cosas útiles, en vez de lentejuelas y brocados; si sobra acuérdesse de las pobres criaturas que no comen, y á quienes nadie viste siquiera con trages de deshecho y no se preocupe porque no tengan *mundo* ni brillen en él sus hijos, que cuanto más tarde le conozcan y más instruidos estén para andar por él mejor.

¡Disfraces! No serán pocos los que la sociedad les obligará á ponerse.

¡Bailes! No tendrán ocasión que digamos de ejecutar contradanzas, si como dice el refrán es de tontos no bailar en la vida y esta es un constante Carnaval.

UN PELIGRO.

— «Dale un besito á ese caballero.» Hé aquí la fórmula materna con que se paga un elogio al pequeño, quien casi siempre se resiste á cumplir semejante exigencia.

Parece como que los niños tienen el instintivo sentimiento de no prodigar los besos. Presentan la mejilla de mala gana, cuando no se refugian en el regazo de la niñera ó huyen con mayor ó menor prudencia, y son pocos los que abrazan una persona extraña con el mismo afán con que estrujan y besuquean la cara de la mamita de su vida.

Hay en esto algo de la sensitiva que se contrae ante un brusco contacto; pero dejando la poesía aparte, lo cierto es que demuestran más sentido práctico que sus buenos papás. Un beso es la más pura expresión de afecto, pero puede ser el origen de males graves. Hay enfermedades que se propagan con harta frecuencia de ese modo, y nadie mejor que los padres deben prever las consecuencias que pueden éstas acarrear á sus inocentes hijos. Que este temor está en el ánimo de todos lo revela la costumbre de muchas personas de pedir permiso á los que acompañan un niño para besar á éste.

Precisamente en estos momentos un práctico distinguido, el Sr. Prieto, ha expuesto en las columnas de un periódico médico dos casos de infección en niños, y no hace muchos días uno ha muerto de *difteria* en pocas horas por haber tomado un trozo del bizcocho que comía una hermana suya atacada de tan cruel enfermedad.

Sea esto una alarma prudente para precaver un peligro serio, y ya que como dice Anier, «el beso de un niño es un poema sin pensamiento trascendental,» evitemos por todos los medios posibles que no tenga trascendentales consecuencias tan tierno poema.

DECÁLOGO DEL PADRE.

Bajo este epígrafe pueden darse á todo hombre honrado los siguientes preceptos:

I. Constituirás una familia con amor, la sostendrás con tu trabajo y la regirás con bondadosa energía.

II. Serás prudente en los negocios, pródigo en enseñanzas, celoso en mantener la autoridad materna, tardo en decidir, pero irrevocable en tus decisiones.

III. Tendrás para tu esposa inacabable apoyo moral, buscando en ella consuelo sin desoir su consejo.

IV. Destruirás todo error doméstico, toda preocupación y todo desorden en cuanto apareciere en el hogar.

V. Tratarás de que exista siempre un *superabit* en los afectos y en los intereses.

VI. Haz entre los tuyos que tus hijos vean en tí cuando niños una fuerza que ampara, cuando adolescentes una inteligencia que enseña, cuando hombres un amigo que aconseja.

VII. No cometerás nunca la torpeza de presentar en oposición ó lucha el poder materno con el paterno.

VIII. Trata de que tus hijos conozcan siquiera el camino de la escuela de la desgracia y sepan sobrellevar con virilidad los males y las maldades en la vida.

IX. Estudiarás detenidamente las aptitudes de tu hijo; no le harás comprender que puede ser más que tú; ponle silenciosamente en camino de serlo.

X. Cuidarás sea tan robusto de cuerpo como sano de inteligencia. Hazle *bueno*, antes de hacerle *sábio*.

JUNTO Á LA CUNA.

EL EXPÓSITO

Á UNA HERMANA DE LA CARIDAD EN LA INCLUSA.

¡Oh tú, que en esta mansion
Eres ángel de bondad,
Trátame con caridad,
Mírame con compasión;

Que por extraños sucesos
Soy un niño abandonado
Desde que nací, privado
De caricias y de besos;

Y como náufrago errante
En mar ignoto y oscuro,
Busco un apoyo seguro
En tu corazón amante.

Tú me inspiras confianza
Porque eres joven y bella;
Tú me pareces la estrella
Que ilumina mi esperanza.

No te muestres desdeñosa,
Ni me prives de tu amor;
Dáme en tus brazos calor
Y bésame generosa;

Que asido á tu escapulario
Y cubierto con tu toca;
Mil besos daré en tu boca
Y en la cruz de tu rosario.

Deja que en tu blando pecho
Descanse con dulce calma,
Y duerma inocente el alma
Y el corazón satisfecho;

Que al despertar, complacido
De tu bondad y ternura,
Con la sonrisa más pura
Me mostraré agradecido.

Sintiendo grata emoción,
Llámame: ¡dulce consuelo!
Rosa! amor! paloma! cielo!
¡Prenda de tu corazón!

Que yo con pura alegría
Te llamaré ¡hermana! ¡hermosa!
¡Sol! ¡estrella! ¡virgen! ¡diosa!
¡Encanto del alma mía!

Toda mi dicha se encierra
En ir siempre de ti en pos;
Pues no tengo madre ¡ay Dios!
Sé tu mi madre en la tierra.

MARIANO BENAVENTE.

NOCHE DE PASCUA.

PESADILLA INFANTIL.

Durmióse sobre el mantel, enrojecido el rostro, llena la boquita del dulzon mazapan, pringosas ambas manos, una de las que abrazaba un barrote del empedernido guirlache, en tanto que la otra parecía querer apoderarse del vasito de plata, en cuyo fondo chispeaban unos cuantos chorros de Champagne. La comida había sido opipara. Era imposible mencionar el orden con que los platos fueron apareciendo en la mesa. Se recordaban con el mismo desorden con que se digerían. La sopa de almendras, el pavo, ese faisán democrático, asado concienzudamente en el horno de inteligentísimo bollero, los besugos alojados en largo y ovalado cazuelon, á manera del signo de Zodiaco, Piscis, con gustosos adobos y caldoso guiso, los filetes, las magras, los pimientos, las chuletas, el turron, las conservas, el cariñena con su inseparable compañero moscatel, el vulgar valdepeñas, el ardiente jerez, las aceitunas, el salchichon y los pepinillos, las transparentes jaleas, el champagne, ciertas terrinas de extranjero abolengo y sabroso centenido..... una janja de cosas bien

olientes, dulces, apetitosísimas, que alegraban la vista, cosquilleaban el gusto y ponían en rápido trote todos los sentidos en pos de una deleitosa gula, aparecían confusamente en la atolondrada y mortecina imaginación del pequeñuelo.

Mezclábanse tales reminiscencias con el brillo de las luces, el continuo gotear de frases y risas, los taponazos de las botellas, el inusitado atrezzo de gran comida en aquella mesa de ordinario modesta, la variedad de objetos nuevos y bonitos que desvanecían la mirada, los ruidos, que ensordecían sus oídos, la voz de la mamá, que reñía por haber manchado el trajecito blanco y comer á puñados, la cara de la *chacha*, vestida de gala con delantal blanco, quitando sin descanso platos y cubiertos relucientes que él deseaba también coger, y por fin el cosquilleo que le producía un vino dulce que picaba su garganta y hacía que se oyera más el estrépito de tambores y panderas y las voces y risotadas de las personas mayores.

Cuando cayó adormilado por los horrores de una digestión penosa, se halló en el mismo nacimiento, artístico prodigio de corcho y papel verde, que llenaba un testero del cuarto de la plancha. Se tambaleaba como el pastor Zenon de carne y hueso que vió en un teatro infantil. Las velitas de colores, ardiendo en sus candeleros de plomo, le parecían blandones inmensos, mareándole con sus lenguas de fuego. Perdido en el peñasco, pensó ir en busca del portal donde estaban la Virgen y San José; recordaba que su hermano mayor no le dejó coger la cuna y quería ver el niño de cerca..... ¡pero no podía andar! Oía en tanto la voz del padre: «Ese niño come mucho.» Y llorando quiso contestar, pero sintió un peso horrible en el estómago, y un frío... Se acordó del leñador que estaba junto á una chocita, y se fué en su busca á través de riscos y cuevas empinadísimas, cuajadas de árboles muy verdes y frondosos cubiertos de nieve. ¡Qué vericuetos! ¡Con qué trabajo y despacio bajaban las carretas de bueyes y los pastores cargados de ofrendas! Parecía que no andaban. Los pastoreillos le decían: «¿No vas al portal?» Pero él huía del ruido y pensaba en el viejo envuelto en su capa de embozos encarnados, calentándose inmóvil á la lumbre.

Atravesó el puente, bajo el cual unas cuantas lavanderas se arrodillaban ante el río helado, y subió, subió hasta lo más alto, parando junto á una casita de cartón cerrada, sobre cuya puerta se leía *Estanco*, y llegando hasta la vereda que conducía á la ciudad, por cuyas calles bajaban á todo galope los Reyes Magos. Ver á un morazo y echar á correr todo fué uno. Por fortuna, tropezando casi con la estrella del rabo, un angelito, que se columpiaba cerca, le dió la mano. ¡Qué frío tenía! —¿Dónde vamos?—preguntó el comilon—¡Al cielo!—No quiero, respondió, quiero ir á casa con mi mamá. Y forcejeando sudoroso, cae cabeza abajo hasta dar en el río, donde queda inmóvil, mientras los caballos siguen haciendo *bum, bum*, en su derredor.

Mientras tanto, en el comedor la Madre ha visto palidecer y estremecerse al pequeño. Presa de mortal angustia le acostó, no tardando en presentarse lo que ella llamaba *calentura*, y estremecida se aflige al pensar en su niño enfermo.

Por fortuna la indigestion se remedió, no sin el consiguiente trastorno, y el susto que produjeron la fiebre, el delirio y las reservas del médico.

Cuando el niño despertó en la camita, al ver el rostro de su madre la alargó los bracitos, diciendo: —«No me dejes ir al cielo, que voy á tener mucho frio» (1) acordándose, acaso con miedo, en el *bum*, *bum* ensordecedor de la fiebre, bajo la forma de caballos de los Magos.

Algunas más veces tuvo ocasion de oírle, y muy pocas supieron sus padres con prudente tacto evitar que le atormentara el rey negro; es decir, la horrible *calentura*, con pesadillas tan angustiosas como la de la noche de Pascua, durante la cual la Higiene llora á la cabecera de los pobres niños.

(*La Higiene.*)

M. T. L.

AL NACIMIENTO Y Á LA MUERTE DE MI ABUJADA

TRINIDAD MALATS Y VAZQUEZ. (*)

SONETOS.

I.

Cuando el sol resbalaba lentamente
Hacia el oscuro término del día,
Con sus últimos rayos encendía
los hermosos luceros de tu frente.

De tus primeras lágrimas pendiente
Olvidaba tu madre su agonía,
Y tu padre en sus brazos recogía
El mayor bien que el cielo nos consiente.

Otorgue á entrambos Dios que un sol eterno
Ilumine las fértiles praderas
En que tu pie menudo huella flores,

Y que, á la sombra del amor paterno,
Se unan la fé de un hombre á quien tú quieras
Y el frenesí de un hijo en quien adores.

II.

Dios oye siempre al que con fé le ruega,
Y hoy con mi canto su bondad difundo;
Hoy que abre á tu alma el calabozo inundo
Y el ave libre hasta los cielos llega.

Cuando Dios ama á un sér, nunca le niega
Difícil gloria ni dolor fecundo,
Y por salvarte de mirar el mundo
Besó tus ojos y exclamó: «Sé ciega.»

Y del mundo sin ver la selva oscura,
Donde todo es afán, crimen ó duelo,
Te remontaste á la celeste altura.

¿Quién sintió por tu bien mejor anhelo?
¿Quién soñó más dichosa criatura?
¡No has visto el mundo, y vives en el cielo!

CARLOS COELLO.

(1) Histórico.

(*) Esta angelical criatura, á quien casi vi nacer, y á quien vi morir, perdió la vista pocos días después de venir al mundo.

LOS HOSPICIOS MARINOS EN ESPAÑA.

DOS PALABRAS SOBRE DOS PROYECTOS.

Poco tiempo después de publicado mi libro el *Niño*, tuve el placer de relacionarme con un simpático é ilustrado escritor médico gaditano, D. José Ramon de Torres y Martinez quien animado de idénticos ideales respecto á la infancia enferma y desvalida á los expresados en mi bosquejo, me envió una extensa memoria científica que tenia escrita y preliminar de un proyecto de *Hospicios marinos* en la costa andaluza.

Semejante idea, era uno de mis sueños predilectos; ver escrito lo que tantas veces habia pensado, constituyó un placer inexplicable y casi me parecía contemplar los enfermitos paseándose por cualquiera de las templadas playas españolas del S. O., cerca de un sencillo pero higiénico Asilo donde se salvaran de la muerte infinitos desgraciados; ya en cartas repetidas nos animábamos de tal suerte, que habia momentos en que mi pluma temblaba al trazar tantos gratisimos medios, cuando reflexionamos un momento y guardamos con resignado ademán los papeles y las ilusiones en nuestras respectivas gavetas.

Faltábanos recursos para emprender tan filantrópica empresa y tiempo para recorrer ese penoso *vía-crucis* de la Caridad en busca de los indispensables para asentar las bases del proyecto.

Mi queridísimo amigo el Dr. Torres Martinez y yó, hubiéramos quizá hecho algo concreto en ese espinoso sendero, acaso hubiéramos dejado lacerado nuestro amor propio en algun punzante egoismo de esos individuos los que ven tras toda idea, por noble que sea, algo tan repulsivo como ellos, de igual suerte que una corriente pura refleja lo defectuoso con tantos más detalles cuanto más cristalina es, quién sabe si tendríamos á estas horas algo más que proyecto, á residir ambos en un mismo punto y á no abrumarnos variados y urgentes quehaceres.

En los presentes momentos otro amigo mío muy respetable y apreciado el Dr. Builla, de Oviedo, ha presentado, segun leemos en los periódicos otro proyecto á la Diputacion de aquella provincia.

Esta noticia nos ha regocijado y por mi parte me apresuro á dar á conocer una parte de la memoria de D. José Ramon de Torres, mi precitado y particular amigo por si esta valiosa excitacion fuera de efecto útil en la costa cantábrica y para iniciar en estas columnas un público y vivo deseo de ver realizado uno de los puntos de nuestro programa en cualquier punto de la inmejorable costa meridional de España.

TOLOSA LATOUR.

En Italia, á orillas del mar Tirreno se fundó el primer hospicio marino para tratamiento y curacion de la infancia escrofulosa, fundacion que se debe á uno de los grandes apóstoles de las ciencias y del amor á sus semejantes, Barrellaí, y del que el ilustre filántropo escribió la historia, cual ninguna conmovedora, en las primeras horas de su entrada en el campo de los hechos consumados, historia de la institucion naciente debida á su génio creador, y que como todas las grandes cosas, modes-

ta y humildemente empezaba, pero que encontró en el corazón del sabio historiador Michelet, profundo y liberante eco que no había de tardar en transmitir la pluma de aquel genio, hasta los más apartados confines del mundo civilizado, y como no está de más para los fines á que me encamino, dar á conocer la historia del referido establecimiento, voy á permitirle entresacarla de la luminosa conferencia dada en el Palacio del Trocadero el día 23 de Julio de 1878, y durante el gran certámen internacional, que á la sazón en París se celebraba, por mi ilustrado colega y amigo el doctor de Piètra-Santa.

«¡Seguid conmigo—decía—esta conmovedora historia, estos principios tan sencillos como modestos, cuales los suelen tener todas las grandes cosas!...

»El día 12 de Junio de 1853, este sabio médico filántropo (el doctor Barrellaí) presentaba á sus colegas de la Academia de medicina de Florencia, un hermoso cuadro de Estéban Ussi, en el que estaban retratados dos niños que habían sucumbido, por tuberculosis abdominal (tabes mesentérica) en el hospital de *Santa Morta Nuova*.

»El primero (Michelet es quien habla) de siete á ocho años, de delicadas facciones, en que se reflejaba al par que austera nobleza, un sí es ó no es de amargura por no ver cumplidos en la tierra los grandes destinos que le esperaban, tiene sobre su almohada una flor.

»Su madre, demasiado pobre para hacer otros regalos al hijo de sus entrañas, se la traía siempre que iba á verlo, y el inocente enfermo tan religiosamente las guardaba, que le dejaron una para que pudiera llevarla consigo al campo del eterno descanso.

»El otro, más pequeño, y orlada las sienes de esa gracia infantil y enternecedora de la primera edad (cuatro á cinco años,) se conoce se está despidiendo de este mundo, pues, su mirada se envuelve en las mantillas del último ensueño. Aquellos dos niños se habían manifestado recíprocas simpatías, y sin poder hablar, gozaban con solo verse, con solo mirarse, lo que el compasivo médico había comprendido, por cuya razón los había echo colocar en uno enfrente del otro.

»Barrellaí, después de haber desenvuelto, ante sus sabios colegas, la observación clínica de aquellas infelices y malogradas criaturas, investiga los medios de curar la escrófula en sus variadas manifestaciones, y se pregunta, no sin cierta perplejidad, sino habría podido devolver la salud á aquellos desventurados niños, *enviándoles al mar*. Idea tan feliz, inspiración tan generosa, fué saludada con la aprobación unánime del docto arcópag, y pronto Barrellaí, aquel verdadero bienhechor de la humanidad, auxiliado en su humanitaria obra por todas las nobles damas de la aristocracia toscana, y *prescindiendo en absoluto de toda intervención y apoyo del Estado*, procedía á la instalación en Via-Reggio, en las orillas del Mediterráneo, y á corta distancia del magnífico golfo de Spezia, del primer *Hospital marino*, para dar albergue y tratamiento á los niños escrófulosos de ambos sexos. Al poco tiempo, y siempre merced á la caridad privada de las clases todas de la sociedad italiana, la referida institución, que ha dado los más satisfactorios resultados, bajo el punto de vista de la salud, de nu-

merosas, interesantes y tiernas criaturas, desde la cuna condenadas á la dolencia y á la deformidad, se ha generalizado en tan gran escala, en las orillas del Mediterráneo y del Adriático, que hoy Italia cuenta más de veinte *Hospitales marinos*, dirigidos todos por médicos instruidos que ejercen sus humanitarias y laboriosas tareas gratuitamente y con la más entera abnegación.

»Pasemos ahora revista á las sucesivas etapas que ha ido recorriendo tan saludable instituto.

»Durante la estación veraniega de 1856, tres niños pobres de Florencia, atacados de escrófulosis, fueron los primeros en experimentar los excelentes resultados de la institución fundada por el doctor Barrellaí.

»El referido número se doblaba en 1857.

»En 1858, los seis albergados se convertían en 33.

»En 1859, se alcanzaba la cifra de 44.

»En 1860, dicha cifra era la de 66.

»Llega el año de 1861, y entonces, con religiosa solemnidad, se echa en la madre tierra la primera piedra del hospicio actual, establecimiento cuya nacional filantropía, con justo título alabarse debe; hospicio cuyos primeros moradores fueron 102 niños procedentes de distintas ciudades de Toscana ó sea Florencia, Presta, Pistoia, Siena, Pisa, etc.

»El comité directivo de tan útil como benéfica obra lo formaban los más distinguidos representantes de la aristocracia, del comercio, de la industria, de las artes liberales, de la medicina, y entre estas últimas eminencias permitidme que cite los nombres de Francesco Puccinatti, de Carlo, Burci y de Mauricio, á quienes siempre me honraré haber tenido por maestros.

»¡Honra y loor á vosotras veneradas sombras, luminosos meteoros que sin cesar os estais cerniendo sobre la inteligencia y los recuerdos de una generación entera de discípulos, generación entusiasta y estudiosa!

»¡Honra y loor á vosotras, que nos habeis abierto las puertas de nuevos y vastos horizontes, al reunir en armónica síntesis las sabias tradiciones de la medicina hipocrática, el concienzudo estudio del gran libro de la naturaleza y las conquistas de las ciencias accesorias, así como las del método experimental!

»Justamente orgulloso por haber alcanzado este primer éxito, el Dr. Barrellaí (nuevo Pedro el Ermitaño), va á predicar la cruzada de la beneficencia y de la caridad hasta en las provincias más remotas de la península italiana.

»En 1862 provoca en Milan la creación del comité Lombardo, el cual procede á la instalación de su HOSPITAL MARINO para niños escrófulosos, en las playas de Voltri.

»La presencia del citado Dr. Barrellaí en Módena (año 1863), dá el ser á otro comité organizador de un establecimiento de índole idéntica para las provincias de la Emilia, y al Hospital Yano en las orillas del Adriático.

»El año 1864 ve aparecer el comité de Bolonia; en 1867 los de Pavia, de Bérgamo, de Como, de Lodi y de Liborna; los de Mántua, Brescia, de Venecia, de la Romagna y de Roma, principian sus trabajos en 1868; los de Rémini y de Porto y de Anzio en 1870; y por último, en 1871 el comité

fundado en la provincia de Turin, echa á su vez los cimientos del HOSPITAL MARINO de Loano.

»Mas con todo esto el humanitario Dr. Barrellai no se daba por satisfecho, pues habia comprendido, desde los primeros y prósperos años de la vida en el campo de los hechos de su generoso pensamiento, habia comprendido, repito, la necesidad de llevar la cuestion higiénico-médica ante diferentes congresos, esos grandes tribunales de la ciencia, y hé aquí la orden del día del Congreso médico Internacional de Florencia (año 1869):

El Congreso, convencido de la eficacia de los Hospitales Marinos, forma votos por la prosperidad y el progresivo desarrollo de tan preciosa como filantrópica institucion.»

«El sexto Congreso de la Asociacion de los médicos italianos reunido en Roma en 1871, felicitó por su parte al ilustrado fundador de los HOSPITALES MARINOS, alentándolo á proseguir en su noble y generosa empresa: en fin, en el Congreso Internacional de Viena (año de 1873), en presencia de las lumbreras del saber de ambos mundos, resuenan por vez postrera los inspirados acentos del incansable apóstol de la infancia enferma y desvalida, porque, poco tiempo despues, no vencida el alma, mas quebrantado el cuerpo por la enfermedad y físicos padeceres, el Dr. Barrellai, marcando un tiempo de parada en su larga peregrinacion, se ve obligado á ir en busca del reposo que ha de volver á templar sus abatidas fuerzas, en medio de los dulces y perfumados ambientes de los collados florentinos.

»¡Quiera la providencia permitirle coronar la obra grandiosa y humanitaria que al pasar á la historia de los altos hechos de la caridad, ha de llevar inscrito en su frontispicio con la pluma del agradecimiento, el nombre venerado é inmortal del ilustre y filántropo médico italiano creador de los HOSPITALES MARINOS!...

»Prosigamos ahora nuestra ruta al través de los hechos, y enumeremos los resultados obtenidos, las cifras relativas al número de los niños sometidos á tratamiento, y el patrimonio ó balance del activo de los ya citados comités.

«El de Florencia envia cada año unos mil niños de ambos sexos á los establecimientos que tiene en Livorna y en Via-Reggio, siendo su activo de francos 165.000.

«El de Milan, desde el año de 1862 al 75, ha mandado 1.700 niños á los suyos de Valtri, y Sestri-Levante tiene un activo de 81.100 francos.

«Los de Romagna y de la Emilia, en el trascurso de quince años, han socorrido y tratado en el suyo de Gano, en las márgenes del Adriático, á 3.000 niños escrofulosos de ambos sexos.

«El de Roma tiene ya recibidos á 1.500 de tan tiernas como enfermizas criaturas en el HOSPITAL MARINO, de Porto, el Anzio, situado á la embocadura del Tiber.

«El de Venecia lleva ya gastados más de 100.000 francos en su HOSPITAL MODELO DEL LIDO, y hé aquí la instructiva estadística suministrada por los Doctores M. R. Levy y Da Venezia, estadística concerniente á los 3.879 niños tratados en el referido Hospital del Lido, y que arroja los resultados siguientes:

Totalmente curados.....	1566
Mejorados.....	2240
Estacionarios.....	58
Fallecidos.....	15
Total.....	3879

«Como se vé las defunciones solo están en la proporcion de 1 por 100.

«El HOSPITAL MARINO de Loano, ha sido edificado por el comité provincial de Turin, auxiliado por los locales de Barcelli, Nevada, Cuneo, Asti, Pínerola, etc., y es asimismo un establecimiento modelo, tanto bajo el punto de vista de su construccion y arreglo interior, como de su direccion; el costo de dicha construccion ha ascendido á más de 100.000 francos.

«Veamos ahora lo que ocurría en Francia durante aquel mismo período de años, respecto á tan benéfica institucion.

«El primer germen fué sembrado en Cette, pero si bien es cierto que habia brotado la planta, permaneció pequeña, por no tener los cuidados de un afamado jardinero, de cuyas resultas el fruto que dió no pudo llegar á su perfecta madurez, pero de todas maneras no por eso debe dejarse de mencionar el nombre de la Srta. Coraly Hirsh, que fué más tarde la Señora de Armengaud, humanitaria persona que despues de haber dado, desde 1832 á 1846, socorros á domicilio á los indigentes feligreses de la Iglesia Evangélica de L'Herault que iban á Cette para tomar los baños de mar, acabó por establecer en 1847 una casa especial con 24 camas, y los desarrollos sucesivos de la referida casa han estado en relacion directa con el número creciente, por un lado de los pobres, y por el otro de los recursos recogidos por comités instituidos con tan benéfico objeto en el citado departamento de L'Herault, habiendo socorrido aquella iglesia evangélica, desde el año 1847 hasta hoy (1878), más de 9.000 personas de ambos sexos, con un gasto de 28.000 francos, y acusando el último balance un exceso de francos 302, con un desembolso de 14.000 francos durante la estacion Cañera, ó sea del 23 de Junio al 31 de Agosto.

«La beneficencia no tiene religion especial, como tampoco tiene nacionalidad propia, puesto que es, por decirlo así, la esencia del alma, y su historia forma la más brillante página de los grandes anales de la humanidad, porque *aquel que se apiada del pobre desvalido presta al Ser Supremo, que le devolverá con creces, los beneficios hechos á sus semejantes.*»

DR. TORRES Y MARTINEZ.

(Concluirá).

CUADROS REALES.

MADRES Y NIÑOS.

II.

Á ESTE LADO DEL ESTRECHO.

Preciso es confesar que de sobra tenía motivos la Micaela para estar inquieta y desazonada; aquel día todo le había salido mal; no parecía sino que todo se conjuraba contra ella. El Mellao no tardaría en llegar, y en el anafe, apenas calentado por tres ascuillas, solo se veía un misero puchero, ruin continente de media panilla de aceite, una libra de patatas y una delgadísima raspa de bacalao, nadando todo ello en un verdadero mar de agua.

Absorta en sus desagradables preocupaciones, la Micaela dirigía sus miradas ora al Niño de yeso que empolvado yacía en sucia rinconera, ostentando sus mutilados miembros, ora á la caricatura en cromó de un periódico callejero, pegada con obleas en la pared, ora al desvencijado catre cuyos colchones se habían trasformado en papeletas, á la sazón guardadas en la que fué cómoda y entonces tan desvencijado mueble, que solo en el fuego podría prestar algún servicio. Tres sillas, que en tiempos pasados hicieron mérito de su edad en las Américas, una lámpara de petróleo, dos pucheros, una sartén y una palangana de hierro, componían el resto del menaje de aquella pobre mansion, donde nada había ya que vender ni empeñar que mereciese la pena.

El aire humedo y frio que penetraba en la estancia, no había arrancado á la Micaela de su éxtasis; la situación se hacía más y más angustiosa para la familia: los recursos estaban agotados; la tía Juana, la panadera, eligió aquella mañana como la última de los préstamos y su hombre hacia quince días que no encontraba—á su decir—trabajo; y luego, se había hecho el indino, tan señorito para la comida, que comer él á secas, sin un medio de vino, por lo ménos, era paliza segura para después, y ya veía ella en lontananza, para la noche, un solfeo más que regular. Pero sobre todo esto, lo que más preocupaba á la parienta del Mellao, era la chica; aquella arrastrada chica que la daba más disgustos que pelos tenía en la cabeza. ¡Seis noches ya que no salía á pedir con achaque de la tos! ¡Y qué días para hacerse la maulla! Precisamente, los más fríos del año; cuando el sol apenas tenía fuerza para derretir los caramelos de las fuentes, y claro es, en esas noches de helada, en que los pajaritos caen muertos ateridos por el frio, las almas nobles y generosas se apiadan más de los pobrecitos niños que piden limosna á la salida de los teatros ó á las puertas del abrigado café.

—No hay quien me quite—pensaba la Micaela—que á esa chica me la aconsejan mal y que me roba; antes, no había día que no tragara hasta sus dos pesetas, y á veces tres, en perros chicos y grandes, cuando no venía con plata; pero ahora, dale con que no puede salir con la tos, y que la dá la calentura por las noches. Tos, sí que tiene; pero, ¿quién no se constipa con este frio?... ¡Y si estuviera mala de verdad!

¡Vaya una sombra!... ¡Cuando Dios se empeña!... Después de todo, pamema; tiene razón su padre; cuanto más bien se las trata á las criaturas, más mimo tienen; y si hoy no trae mosca, va á llevar una felpa como para ella sola... Gracias á Dios que te se vé el pelo, hombre.

Esta especie de salutación iba dirigida al Mellao, que en aquel instante entraba en la casa con un gesto más torcido que moscatel avinagrado. Era este hombre conocido en el barrio donde vivía como de rompe y rasga, y si alguna vez el alma se refleja en el rostro, nunca se pintaría tan fielmente como en las siniestras facciones de aquel tipo, muestra fehaciente de que el hombre embrutecido es el más abyecto de los seres. Pedro Lopez (a) el Mellao, era un compendio vivo de los siete pecados capitales, todos le dominaban en tal manera que no podía asegurarse cual de ellos reinaba en él sobre los demás; tan vano como ignorante, vago de profesión, borracho pendenciero, un canalla, en fin, conocía tan poco el sentido moral de la palabra conciencia, como que no existía en él sino en forma de pequeño, microscópico rudimento. La Micaela, aunque poco, valía aun ménos que él; un día, por azar, como se reúnen dos guiñapos en la cesta de un trapero, se encontraron juntos, y de aquella union tubo origen la chica, que tanto preocupaba á su... No; sería profanar el nombre más hermoso que sale nuestros labios; á la que en tan desdichada hora la dió la vida.

La Petriilla—así se la conocía en el barrio—era una niña como de siete años, rubia, fina y delicada, que á pesar de los andrajos de que estaba cubierta y del mal trato que la proporcionaban los autores de sus días resultaba una criatura monísima, antes de que la tos y la calentura de que se había quejado á la Micaela, estropeasen sus facciones y consumieran sus carnes hasta el punto de convertirla en esquelido esqueleto, cosa que atribuían sus explotadores á un crecimiento prematuro. Imposible parecía que fuese hija de tales padres, y sin embargo así era, que este fenómeno aunque raro no deja de presentarse en la naturaleza.

En el polvillo de las alas de una mariposa, en una ráfaga de viento, puede muy bien hallar vehículo una semilla más fina que el menudo grano de mostaza, y al caer sobre un muladar da origen á una flor, más hermosa y lozana que la libada por el insecto ó la que tronchó la ráfaga; por lo demás también los súcios guiñapos que se reúnen en la cesta del trapero se convierten en el blanquísimo papel donde pulcra dama vierte sus pensamientos.

Pero aquel día la infeliz niña no podía inspirar otra cosa que profunda lástima; devorada por la fiebre, sin aliento, era un problema inexplicable comprender como había podido salir de su casa en busca de limosna. Si sus padres no hubiesen estado desprovistos de ese instinto que hasta las fieras conocen, no hubieran permitido su salida; si ella misma intuitivamente no hubiese adivinado que el frio de aquella tarde la haría descansar para siempre de sus padecimientos, hubiera desafiado los golpes de doña Dominga, nombre que el Mellao daba á la correa con que se servía para sujetar el pantalón y vapulear á la madre y á la hija. ¡Qué encanto puede tener la vida para quien en vez de tiernas caricias, amorosos cuidados y besos de infinita ternura, en los primeros albo-

res de la existencia solo recibe golpes, áspero tratamiento y crueles palabras! Que otra cosa no podían dar de sí el Mellao y la Micaela, cuya interrumpida conversacion puede darles á conocer mejor á nuestros lectores.

—¿No ha venio aun la Petra?

—Cá ha dé venir esa condená, si me tiene más repudria la sangre que vale ella mil veces.

—Ya te tengo dicho que te andas con muchos remilgos con esa criatura, y que el mejor día nos va á dar la gran desazon, que se reune con malas compañías que nos la pervierten, y ahora mismo me parece que la he visto con otras dos mocosas más grandes que ella.

—Y qué quies tú que yo le haga; no paece sino que tú no eres su padre y que alguien te impide de corregirla.

—En fin, dejémonos de cuestiones y dime qué hay de pitanza pa esta noche.

—Pus mira, hijo, te ties que contentar con lo que haiga, yo no he podio dir hoy al rio; la chica no trae un perro chico....

—Yo si que te voy á echar á ti un perro....

—Oye tú, ¿pus qué te has creio? ¿Que yo fabrico moneda? ¿Cuánto me has dao en la semana, príncipe? ¡Vaya con el hombre! pues no íbamos á echar malas tripas si nos mantuviésemos con lo que él gana....

—Si no fuera porque yo soy un hombre de mucha prudencia y de mucho aquel, ahora mismo te daba algo que no te se cayese de encima, so peal!

—¡Tú á mí!....

—Calle osté, que viene gente.

—Señá Micaela, señá Micaela...

—¿Qué quiosté, vecina?

—Aquí traen á la chica de V. otras dos; paece que viene muy mala...

—Será de la debilidá, se empeñó en salir en ayunas esta mañana...

—A mí me parece que debe ser más que eso, ya sabe V. que si hace falta...

—Muchas gracias; pero yo creo que nó; ¿qué tienes tú, hija?

—Nos la hemos encontrao en el portal donde se pone á descansar; paece que no tenia sentio, y pa que no la llevasen los guardias á la casa de socorro, nos la hemos traído; somos conocidas porque nos otras tambien pedimos.

—Siempre sareis vosotras las que me la empujan al mal, y como yo lo supiera...

—Señora, nosotras no...

—Vaya, vecina, aquí tiene V. este puchero con caldo para la chica; como tengo al pariente malo, he podido apartarle del que para él habia preparado. Vamos, Petrilla, ámate... anda, toma esta cucharada, que esto entona... ¿Lo ve V.?

—Ya dije yo que era debilidá, ¿cómo te encuenstras ahora?

—¡Ay, madre! me muero...

—Qué te has de morir... de risa; si cosa mala nunca muere.

—Quede V. con Dios, vecina, y ya sabe donde estamos.

—Dios se lo pague, y si acaso, no dejaríamos de molestar.

—¡Cuando yo te decia que esta chica nos habia de comprometer! ¿Y qué has traído hoy?

—¡Ay! mire V. en el pañuelo—barbotó Petrilla con voz apenas inteligible.

—En una de las puntas del lienzo, que servia de bolsillo á la niña, pues á otro destino no la hubiesen permitido lo dedicase, se encontraba una moneda, que antes de salir de los pliegues donde estaba envuelta, conoció la Micaela ser de veinte reales. Al salir á luz el Amadeo, los ojos del Mellao y de su hembra parecían despedir chispas de fuego.

—¡Será falso!—exclamó aquel.

—¿Qué ha de ser hombre; así tuviera yo tantos de estos como golpes me tienes endiñao. ¿Y quién te ha dao á ti tanto dinero?

—Una señora que iba con una niña muy elegante.

—Eso es lo que menos importa, lo que hace falta es que vayas por unos chorizos, pan, vino y aguardiente, que la chica debe tener hambre y frio, y bien ha ganao hoy el poder calentarse.

—Pues si está abrasaudo esta condená, más valiera que se acostase.

—Sí, madre, sí, ¡por Dios! No puedo estar sentada.

—Anda, échate en el jergon y envuélvete bien en el maiz á ver si sudas ese catarro... Así luego dirás que tu padre no te cuida.

—¡Y á luego dices tú que yo la mimo!

—Lo que te digo es que ya estás aquí demás y faltando en la taberna; á ver si traes pronto lo que te he dicho, que estando la chica mala no quiero salir hoy.

La Micaela se puso un pañuelo á la cabeza sin hacer observaciones á su hombre, mientras que este, sacando del bolsillo de la chaqueta una infame colilla de puro, trataba de encenderla en los espirantes carbones del anafe.

Del pecho de la Petrilla salia una respiracion estertorosa y silbante; la tos, cada vez más frecuente, se hacia más difícil, más ahogada, y cada acceso iba seguido de una inspiracion violenta que producía un ruido extraño, confundiendo con el que hacia un marmolista vecino que á la sazón serraba una lápida para un nicho.

Debió aquello llamar la atencion del Mellao, porque volvió la cabeza hácia el camastro, observando á la semiclaridad del anoecer de aquel nublado día de invierno, el bulto de la niña, que parecia hacer esfuerzos para incorporarse y la dijo:

—¿Qué vas á hacer? A ver cómo te acuestas y no te mueves, que eso es que va madurando.

La Micaela entraba en aquel momento con un envoltorio en una mano, un enorme jarro de vino en la otra y una botella debajo de un brazo, que colocó sobre la desvencijada cómoda.

—Aquí está todo. ¿Y tú vas á cenar, arrapiezo?

—Más vale que la dejemos; ¿ó tienes gana?

—No—contestó Petrilla, con voz muy apagada y como si hablase sólo con los labios.

—Pues al avio.

—Enciende antes la luz, que nos veamos las caras.

Hacia muchas horas que no habian probado alimento, y bien lo demostraba el ánsia con que por sus fauces desaparecian el pan y los chorizos; el jarro de vino iba mediándose por efecto de las frecuentes libaciones á que les provocaba el atroz picante del embutido; sus facciones, más animadas á

los pocos momentos, no tardaron en enrojecer, y prontamente se entabló una conversacion grosera, que animándose por grados, terminó con un golpe brutal del Mellao á la Micaela, que cayó rodando desde la silla hasta los piés del anafe. Acostumbrada á recibir aquellos golpes no exhaló un quejido, contentándose con dirigir al Mellao un infamante epíteto, que él escuchó riendo y llevándose á los labios la botella de aguardiente, hasta entonces intacta. La mujer le miraba beber con envidia, y él, observándola y como queriendo reparar su bestial agresion, la alargó la botella; las paces fueron hechas; las libaciones se hicieron más frecuentes, y media hora despues, la Micaela, sentada en la silla, con los brazos en la cómoda y entre ellos la cabeza, y el Mellao tendido en el suelo, dormian su embriaguez apagando con sus ronquidos los angustiosos y apénas articulados suspiros que á duras penas parecian escaparse del pecho de su hija.

El rostro de la Petrilla, todo descompuesto, era la imagen del terror y la ansiedad; por un esfuerzo supremo logró sentarse en el camastro; sus ojos giraban violentamente dentro de sus órbitas cual si bailasen un vals infernal y como queriendo salirse de ellas; sus labios, ántes pálidos, tomaron el color de la violeta; por su frente corria un sudor frio; queria gritar, pedir socorro... todo en vano; sus uñas se clavaron con furor en su cuellecito... toda su piel se coloreó de azul... en un momento de infinita desesperacion se incorporó violentamente; su cuerpo, rígido como una barra de hierro, se sostuvo un segundo sobre los piés... los ojos se hundieron, cayó inanimada sobre el colchon y su espíritu abandonó para siempre la envoltura de aquella mártir.

Pasaron dos horas; las campanas de la vecina parroquia tocaron á fuego y su sonido despertó á la Micaela, que vacilante se aproximó al camastro; allí sus manos tocaron un objeto muy frio, sus ojos se abrieron espantosamente, y gritó:

—¡Pedrooo, Pedrooo!

Este, con la voz pastosa, entorpecido su cerebro por la embriaguez, con los párpados unidos, soñoliento, contestó:

—¿Qué pasa?

—¡Que la chica se ha muerto!

—¿Que la chica se ha muerto?—preguntó el Mellao, sin darse cuenta, en medio de su estúpida embriaguez, del valor de aquellas palabras.—¿Que la chica se ha muerto?—repitió con la insistencia torpe é inconsciente del borracho; y volviendo la cara á la pared, con la lengua trabada, masculló entre dientes:

—Pus que Dios la haiga perdonao.

.....

Amigo Tolosa: refiriendo á V. cierto dia el estado de miseria y abandono fisico-moral en que se encuentran las clases desheredadas de Marruecos, por efecto de la ignorancia y el fanatismo de aquel país, me pidió V. un cuadro de costumbres que reflejara las fatales consecuencias que en los infelices niños reporta semejante situacion. Le envío á usted dos: de la exactitud del primero puedo responderle, casos parecidos se han desarrollado ante mi vista

durante el tiempo que he ejercido mi profesion en el Mogreb. De la certeza del segundo responden los numerosos niños, que no muy lejos de nosotros, y á las altas horas de la noche mendigan yertos de frio á las puertas de los teatros y en las principales vias de comunicacion.

Tal vez parezca la pintura inverosímil, ó por lo ménos exagerada; á los que, rodeados de comodidades, creyendo vivir en un país cristiano y civilizado, habiendo recibido una educacion por lo ménos elemental y vivido en una atmósfera más pura, no se acuerdan de que á su alrededor hay mucha y grandísima ignorancia, que es lo mismo en Marruecos que en otros países, origen principal de todos ó de la mayor parte de los vicios y de las observaciones más monstruosas. Cuando á la ignorancia se reune la ausencia de todo principio religioso, los hombres descienden á un nivel más bajo que las bestias, y entonces, todo, hasta lo más extraño, es creíble.

Usted, que se dedica á visitar niños semi-abandonados, ¿no ha conocido algunas Micaelas y Mellaos?

FELIPE OVILO.

AMPARO AL NIÑO DESVALIDO.

¿Habeis visto en esas crudas noches de invierno, al retiraros á vuestro lecho, un niño arrinconado en el quicio de un portal, tiritando de frio y procurando en vano apartar de la lluvia sus desnudos piés?

Aquella voz débil conque implora vuestro generoso apoyo, semejando al último gemido de una agonía cruel, ¿no ha inculcado en vuestro pensamiento dolorosas reflexiones? ¡Oh, sí, no hay alma tan despiadada que no se sienta estremecida de pena ante espectáculo tan sensible como por desgracia frecuente!

Aquel niño ha tenido padres como todos los demás seres, pero han desaparecido de la tierra ó le han abandonado en medio del revuelto fango de la vida.

Que amargas son las lágrimas que le arranca el hielo de la noche. Ni aun tiene el pobre desvalido un trozo de lienzo con que secarlas.

La madre que le arrojara de sus entrañas no le oprime sobre su seno para prestarle su calor. Más de un transeunte, al contemplar su desnudez, siente helarse sus venas, sube más el embozo de su capa y no se decide á sacar la mano para alargarle una moneda temeroso de que la lluvia ó la nieve estropee su cutis ó atarace sus nervios.

Aquella es la perpétua cama del niño, un lodazal de barro por lecho y una piedra por cabecera, y tal es su dolor y tanto llora, que acaso la almohada llegará por fin á taladrarse.

Así pasa una noche, dos, un mes, años enteros, y solamente encuentra algún descanso cuando la benéfica policía le conduce, tal vez por compasión, á uno de esos lugares llamados Prevenciones, ó bien á la cárcel pública, de donde despues es conducido de pareja en pareja por caminos y carreteras, cuyas piedras ensangrientan y deshacen los tiernos piés de aquella estenuada criatura..

—¡Madre! ¡Madre mia!—murmura de cuando en cuando,—¿por qué no vienes á ampararme?

Y su profundo martirio se hace más terrible cuando vé pasar á su lado una robusta campesina acariciando y besando á otro niño parecido á él.

Todos estos detalles del desvalimiento se pierden en la indiferencia del egoismo, y no perturban la paz de las familias encerradas en su caliente hogar, disfrutando los goces del amor y los beneficios que hasta los perros tienen derecho á compartir con el hombre.

Pero cuadro tal, abandono social tan punible, ¿ha de ser eterno? No hay razon alguna que lo disculpe, y en cambio hay muchas que reclaman un pronto y eficaz remedio que arranque y salve tantas víctimas á los efectos del abandono.

Llamar la atencion sobre ello es nuestro firme propósito; no cejar un punto de requerir al Estado, Padre de todos los ciudadanos, para que vuelva de una vez su mirada compasiva al niño desvalido y le ponga en vias de cruzar dignamente el áspero sendero de esta vida llena de sinsabores y abismos sin fin, la mision que nos hemos impuesto.

Procuraremos por cuantos medios estén á nuestro alcance llegar al buen resultado de nuestro objeto, cumpliendo con el deber de hacer algo por la humanidad *amparando al niño desvalido*.

L. VEGA-REY.

EL GRANUJA.

Acabamos de escribir una palabra cuyo sonido tiene en sí algo de repugnante; pero cuya significacion es aun más repulsiva todavía. ¡Granuja!

Se ha hecho del granuja un sér entre cómico y romancesco, que en vez de inspirar lástima, como merece, forma un tipo que, al parecer, ornamenta la sociedad. Grandes poetas lo han cantado; novelistas insignes se han servido de él para introducir donaire en sus narraciones; la fama de su ingenio, de su malicia y de su desvergüenza, le han granjeado prestigio, fisonomía y carácter; si no es una fortuna que exista, es por lo menos un entretenimiento. Supónesele alegría interior, que nunca le abandona; rasgos picantes, ingeniosas ideas y gracia que se le derrama á chorros. Hásele pintado, en fin, con tales

condiciones, que casi daría pena de que desapareciese el granuja. ¿Es eso, sinembargo?

Hijo de no se sabe quién, nacido no se sabe dónde, y habitante no se sabe en qué punto, el granuja es el hongo humano. Inferior á las bestias, todavía no ha conocido madre, ni madriguera, ni manada. Soltáronle en el arroyo cuando aun no podía valerse, y envenenaron el camino para que no volviera. Al salir el sol despierta esa criatura, sin saber á dónde ha de dirigir sus ojos, sus pasos ni su hambre. La sociedad le repele por su desnudez, la policía le persigue por su vagancia, y solo la basura le ofrece un troncho. Ignorante del bien, porque la corteza del mundo no le muestra más que el mal, acude á la travesura de su juventud y á la lucidez de su ingenio infantil para proporcionarse lo que por todos lados se le esconde. ¿Ha de ir á la escuela? Allí no dan de comer. ¿Ha de ir al trabajo? Allí no dan de jugar. ¿Ha de pedir limosna? Allí no han de ofrecerle más que repulsas. En cambio, el crimen, en forma de hombre ó de mujer, necesita un espía para sus asechanzas, un cuerpo ligero para sus asaltos, un rostro inocente para sus ficciones, una mano sutil para sus robos, una naturaleza confiada para servir de instrumento sin exigencias. ¿Qué sabe él de moral? ¿Se la han enseñado por ventura? Quizá sea la moral proporcionarse de comer cuando se tiene hambre, y buscarse dónde dormir cuando se tiene sueño. ¿No es esta la moral de los pájaros?

Además, vedle en el ejercicio de una de sus diarias aventuras. Acosado por el hambre, discurre cualquier mañana apoderarse de un panecillo caliente, de esos cuyo aroma perturba los sentidos del menesteroso, para lo cual combina su estrategia, como general, para embestir un reducto. Cerca la tienda con las precauciones que exige un reconocimiento; salta y brinca delante del mostrador, cual soldado que vivaquea sin orden de atacar; escúrresele la pelota del tranco adentro, y pide humildemente permiso para recogerla; hasta que, habiendo inspirado confianza, da el asalto al apetecido bollo, que esconde entre la carne de su pecho y el arambel que le sirve de camisa.

Pero el tendero lo ha visto; corre tras él gritando «¡á ese, á ese!» Detiéndelo, y le arrebató su presa (á él, que no ha comido); llénale de golpes y dieterios con sañuda cólera (á él, que ya no tiene qué comer); junta gentes que le confundan é intimiden con sus amenazas (á él, que ya no comerá); hasta que llega un policía, lo da de puntapiés, lo ata con una cuerda y lo arroja al suelo de la prevencion, donde el rapaz famélico pierde la esperanza de comer nunca. No otra cosa es lo que practica cualquier niño educado, cuando asalta tras de un dulce el armario de su comedor, y recibe vítores por su gracia ó se ve cubierto de caricias por su agudeza.

Seguid al granuja en su vagar constante, y doleos de la forzada inaccion á que está condenado: ¿Quién lo recibe? ¿quién lo protege? ¿quién hace nada en favor suyo? Su actividad se limita á promover los escándalos y á formar la parte perdularia de los bullicios. El rodea á la música en los regimientos; es la única ópera á que asiste: él va en tumulto delante de las procesiones; es el único lugar que se le concede en las ceremonias; él se encarama sobre los árboles ó sobre las verjas en las festividades públicas; es el único

balcon á que se asoma en su vida para presenciar el gozo de la multitud: él preludia las rebeliones y los motines; es el único momento en que ejerce funciones de ciudadano. A la iglesia no le ligan más que las gotas de cera hirviendo que apara en los entierros; á la milicia no le unen más que las sobras del rancho que le abandonan en la puerta del cuartel; á la justicia no le enlazan más que los cordeles del polizonte ó los puños cerrados y siempre amenazantes del alguacil. El, en suma, lo ignora todo, y nosotros queremos que lo sepa ó lo adivine todo. Cree que tomar un panecillo cuando se tiene necesidad es como comprarlo cuando se tiene dinero, y nosotros pedimos para su ratería la cárcel; cree que en el mundo se habla como las gentes groseras entre quienes vive, y nosotros queremos que hable con decoro; cree que la avilantez y el desacato son los usos corrientes de la vida, y nosotros exigimos que se produzca con humildad y vergüenza; cree, en fin, que el mundo es granuja, y nosotros nos empeñamos en que el solo granuja sea él.

Cuando enferma, lo mandamos á los desvanes del Hospital; cuando delinque, lo ponemos en la horrible compañía de los criminales; cuando intenta ejercer una industria, le pedimos contribucion y ropa; cuando se duerme en el invierno contra el quicio de una puerta, lo despertamos á golpes y le exigimos que ande. Si pasa rozando nuestro cuerpo, se nos figura que nos va á manchar; si nos alarga la mano, tememos que nos robe; si nos habla, le respondemos con altanería: si se muere de hambre, ignoramos quién ó cómo lo entierran, ni si hay camposanto para él.

¡Oh! Tan espantosa soledad, que tiene por escuela las malas mañanas primero, los vicios despues, los delitos más tarde, y que conduce á las clinicas de los hospitales en forma de casos raros, ó á las cuadras de los presidios en forma de delincuentes atroces, cuando no á la capilla y á la horca por crímenes que aterran al mundo, es lo que quieren precaver unas cuantas humildes mujeres al construir el Asilo del Sagrado Corazon de Jesús.

JOSE DE CASTRO Y SERRANO.

PENSAMIENTOS Y FRASES.

La mujer, creada para ser esposa y madre, debe aprender á serlo; edúquese para la vida de familia, puesto que es el lazo que mantiene unidos todos los individuos que la constituyen; si es ella la consagrada á formar el corazon de los hijos, sea modelo bien construido para que el vaciado no resulte imperfecto. Profundamente convencidos de esta verdad, contribuyamos todos á la grande obra de la regeneracion fisica y moral de la mujer, y por su intermedio llegaremos á la restauracion de la familia y de la sociedad, seguros de que al proceder de esta manera corregiremos muchos de los males que hoy nos afligen, y nuestra memoria será eternamente bendecida por las generaciones venideas y nuestros nombres inscritos entre los bienhechores de la humanidad.

DR. FRANCISCO JAVIER DE CASTRO.

LA MEJOR LECTURA.

¿Qué novela puede ser más interesante que el niño, esta historia viva que hacemos de nosotros mismos dia por dia? El placer mayor en el mundo es el *crear*. ¿Cómo privarse de él? ¿Por qué hacerse inútil para él en virtud de esta seca alimentacion? La verdadera nodriza se respeta; no come sólo para ella, y teme las funestas golosinas y los indigestos dulces.

MICHELET.

DICHOS Y HECHOS.

Un niño de corta edad, hijo de una de las familias más apreciadas en Portugalete, jugando con otros compañeros, cayó al agua en el momento de la pleamar.

Los niños que con él jugaban comenzaron á pedir socorro para su compañero, que estaba en grave peligro, y que hubiera perecido seguramente, si en aquel instante no hubiese pasado por el muelle un músico de Barbastro, de guarnicion en dicha villa, quien despreciando el peligro, pues la mar estaba muy picada, se arrojó al agua, y despues de varias tentativas logró salvar al niño.

El hecho es digno del mayor encomio, y mucho más si se tiene en cuenta que el salvador del niño, llamado CECILIO JARATE, se ha negado á aceptar los productos de una suscripcion abierta entre los socios de *La Recreativa*, así como las cantidades que le ofrecia la familia del niño á quien libró de una muerte segura.

El distinguido escritor D. Manuel Gomez Sigura ha tenido la desgracia de perder un precioso niño de cuatro meses, victima de una afeccion agudísima pulmonar. Enviamos á nuestro amigo el más sentido pésame.

Tambien nuestros amigos los Dres. Saez y Domingo, y Espina, han sufrido crueles pérdidas, de que nos hacemos partícipes.

La falta de espacio nos impide publicar el segundo capitulo de *La Madre* y otros originales ya conpuestos, entre ellos las publicaciones recibidas y varios importantes artículos de colaboracion.

Al cerrar el presente número se discuten en el Ayuntamiento y en la Diputacion dos asuntos de gran interés: la traslacion de los acogidos de San Bernardino y San Ildefonso á otros edificios, y la cuestion que podríamos llamar *del Hospicio*. De ambos particulares nos ocuparemos en el próximo número con el posible detenimiento, máxime habiendo sido citados en la sesion de la segunda de dichas corporaciones los trabajos de nuestro Director, respecto del particular, en apoyo del dictámen de la comision.